

## La fuga de tres prisioneros chilenos después del combate de Tarapacá descrita por el sargento Necochea (diciembre de 1879)

## Escape of three Chilean prisoners after Tarapaca's battle described by Sergeant Necochea (december of 1879)

Patricio Ibarra C. \*

---

### Resumen

El documento narra la fuga del sargento Manuel Necochea y los soldados Marín y San Martín, durante la retirada del ejército peruano hacia Arica, tras la batalla de Tarapacá. El testimonio, escrito por Necochea, enseña su experiencia como prisionero de guerra, y como él y sus camaradas lograron retornar con las fuerzas chilenas luego de escapar de sus captores.

**Palabras clave:** *Guerra del Pacífico, Batalla de Tarapacá, prisioneros de guerra, documentos personales.*

### Abstract

This document relates the sergeant Manuel Necochea and privates Marín and San Martín jailbreak, during the Peruvian's retreat to Arica, after Tarapaca's battle. The testimony, wrote by Necochea, shows his experience like war prisoner, and how he and his comrades returns with Chilean forces after escaping from his captors.

**Key words:** *War of the Pacific, Battle of Tarapacá, war prisoners, personal documents.*

---

**Recibido: 15 de enero de 2013 - Aceptado: 10 de julio de 2013.**

---

\* Centro de Estudios Históricos, Dirección de Investigación, Universidad Bernardo O'Higgins, Santiago, Chile. Correo electrónico: patricio.ibarra@ubo.cl.

El 27 de noviembre de 1879, en la quebrada de Tarapacá, se produjo uno de los episodios más dramáticos de la Guerra del Pacífico. Allí, se enfrentaron parte del ejército chileno con las fuerzas peruanas que, tras su derrota en San Francisco ocho días antes, allí se reconcentraron. Como es sabido, el encuentro culminó con la derrota de las fuerzas chilenas comandadas por el coronel Luis Arteaga. Terminado el combate, el bando peruano logró capturar 58 efectivos pertenecientes al 2° de Línea, Chacabuco, Zapadores y Artillería de Marina. Además fue tomada la cantinera María Ramírez.<sup>1</sup> Por su parte, los chilenos también se hicieron algunos prisioneros.<sup>2</sup>

Entre los chilenos aprisionados estaban el sargento Manuel Jesús Necochea y los soldados Brígido Marín y Pablo San Martín, todos de las filas del 2° de Línea, quienes son los protagonistas de los hechos relatados en el documento aquí presentado. Tras el fin de la batalla, Necochea y sus camaradas fueron reclusos en una casa del pueblo de Tarapacá sin recibir agua ni alimento.

A media noche del día 27, el general peruano Juan Buendía y sus oficiales decidieron emprender la retirada de la quebrada, preocupados por la posibilidad de un nuevo ataque chileno. Así iniciaron una penosa travesía desde Tarapacá hasta Arica. Tras cruzar los contrafuertes cordilleranos del desierto atacameño, el ejército peruano arribó a Arica el 18 de diciembre de 1879.<sup>3</sup> La misma sed, falta de víveres e incertidumbre propios



EL SARJENTO NECOCHEA

(Manuel)

FUGADO DEL CAMPAMENTO PERUANO I HERIDO EN EL COMBATE DE TACNA

Sargento Manuel Necochea. Portada de *El Nuevo Ferrocarril* (Santiago) julio 15 de 1880.

<sup>1</sup> Pascual Ahumada, *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*, vol. II, Imprenta del Progreso, Valparaíso, 1885, p. 202.

<sup>2</sup> “Versión peruana del combate de Tarapacá” (Correspondencia a La Patria de Lima), Ahumada, ob. cit., Vol. I, p. 185.

<sup>3</sup> *Guerra con Chile. La campaña del Sur. Memoria del general Juan Buendía y otros documentos inéditos*, Biblioteca Histórica Peruana Tomo VIII, Lima, 1967, p. 206.

de una hueste en fuga por un árido desierto, aquejaron a los prisioneros chilenos quienes les acompañaron.

No obstante, Necochea, Marín y San Martín lograron escapar de sus captores. La nueva de la fuga no pasó desapercibida para los periódicos chilenos. El relato

**LA FUGA**  
DE  
**TRES PRISIONEROS CHILENOS**  
DESPUES DEL  
**COMBATE DE TARAPACA**  
RELACION DEL SARJENTO NECOCHEA

---

Desde hoy se encuentra EN VENTA en la Oficina de esta Imprenta esta interesante narracion, que tanto ha gustado al público. Desde hoy

**¡Precio 10 centavos!**

de los hechos, elaborado *ex profeso* por Necochea para ser publicado, vio la luz en *El Ferrocarril* de Santiago.<sup>4</sup> Días más tarde fue reproducido en *La Patria* de Valparaíso, *La Revista del Sur* de Concepción y *La Acción* de Vallenar.<sup>5</sup> El entusiasmo que despertó la narración significó que también fuera reeditado en la forma de un folletín.<sup>6</sup>

Anuncio de la venta del folletín con el relato del sargento Necochea. *La Patria* (Valparaíso) julio 14 de 1880.

La relación da cuenta cómo el Sargento se vinculó con sus compañeros de fuga, en especial con el soldado Marín, en torno a quien gira mucho de la acción que relata, transformándolo en coprotagonista de su escrito. El estilo ameno de Necochea recrea y sumerge al lector en los últimos momentos de la batalla de Tarapacá, en la incertidumbre de su condición de prisionero, en el recorrido que alcanzó a realizar con el ejército del Perú en su retirada hacia Arica y, especialmente, en las circunstancias que culminaron con su escape de la columna peruana y como lograron sobrevivir al árido desierto para volver con los suyos.

<sup>4</sup> “La fuga de tres prisioneros chilenos después del combate de Tarapacá descrita por el sargento Manuel Necochea”, en *El Ferrocarril* (Santiago) marzo 17 de 1880.

<sup>5</sup> *La Patria* (Valparaíso), marzo 18 de 1880; *La Revista del Sur* (Concepción), marzo 20 y 21 de 1880 y *La Acción* (Vallenar), marzo 28 y 6 de abril de 1880.

<sup>6</sup> Sargento Necochea, *La fuga de tres prisioneros chilenos después del combate de Tarapacá*, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1880. Del mismo modo, los hechos trascendieron lo suficiente para ser comentados por el capellán Ruperto Marchant Pereira, bajo el seudónimo de “Número Cinco”, en su correspondencia a *El Estándarte Católico* y en las memorias de Antonio Urquieta. Paz Larraín y Joaquín Matte, *Testimonios de un capellán castrense en la Guerra del Pacífico*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2004, p. 107 y Antonio Urquieta, *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, Vol. I, Escuela Talleres Gratiitud Nacional, Santiago, pp. 206 – 207.

Sin lugar a dudas, Necochea en su narración privilegió cierta información respecto de otra para darle más colorido. Tampoco puede descartarse que el editor del periódico donde se publicó, haya intervenido en alguna forma el escrito con el objeto de mejorarlo y hacerlo más atractivo a sus lectores.<sup>7</sup> Empero, el escrito permite acercarse a cómo rememoró su experiencia y también conocer muchas de las aspiraciones, ideales y convicciones de un combatiente que, por las circunstancias de la guerra, adquirió cierta notoriedad entre sus pares y entre quienes a miles de kilómetros de distancia seguían las alternativas del conflicto a través de la prensa. En definitiva, es un episodio de la guerra según la perspectiva personal de Necochea.<sup>8</sup> Pese a tratarse de escrito pensado para ser dado a conocer en un medio de comunicación, transformándolo en un documento público y de consumo masivo, se trata de una recopilación de vivencias personales prácticamente inmediata a los hechos que narra. Por lo tanto, posee características similares a los diarios llevados por los soldados y a las cartas que enviaron a sus familiares y amigos, transformándose en lo que Federico Lorenz denomina “*instantáneas de las reacciones culturales a la experiencia de guerra*”<sup>9</sup>.

Como ya se mencionó, Necochea adquirió cierta notoriedad al igual que otros militares y marinos cuyas acciones en la guerra, fueron destacadas por la pluma de los corresponsales enviados al frente. Meses después del escape, un retrato de Necochea fue portada de *El Nuevo Ferrocarril* debido a las heridas que recibió en la batalla de Tacna<sup>10</sup>. La fama alcanzó también al soldado Marín. El poeta Abraham Jesús Brito, realizó una recreación del interrogatorio al que fue sometido por el general Buendía, mientras se encontraba en manos de los peruanos<sup>11</sup>. Sin embargo, tras la fuga, San Martín volvió al anonimato.

Existen algunos datos respecto del autor del documento. Necochea contaba con dieciocho años al momento de escribir su narración. Era hijo del capitán Bernardo Necochea, quien resultó herido en la batalla de Tarapacá<sup>12</sup>. Su hoja de servicios indica que se integró al 2° de Línea en junio de 1879 con el rango de cabo 1°.

<sup>7</sup> Hans Bödeker sostiene que quien generó un testimonio personal no necesariamente es su único autor. También otras personas intervienen directa o indirectamente en su elaboración, transformándose en coautores en el rol de interlocutor, confidente o editor. Por lo tanto, se trata de una construcción que va más allá del individuo que la genera. Hans Bödeker, “Letters as historical sources – some concluding reflections”, Regina Shulte, & Xenia von Tipperkirch (Editoras), *Reading, interpreting and historicizing: letters as historical sources*, Florencia, 2004, p. 200.

<sup>8</sup> Samuel Heynes afirma que los escritos personales elaborados a propósito de la experiencia bélica, dan cuenta como cada individuo recordó “su propia guerra”. Samuel Heynes, “Personal narratives and commemoration”, Jay Winter y Emmanuel Sivan (Compiladores), *War and remembrance in twentieth century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 206.

<sup>9</sup> Federico Lorenz, “Es hora que sepan” La correspondencia de la guerra de Malvinas: otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982”, *Páginas*, N° 1, Rosario, 2008, p. 113.

<sup>10</sup> *El Nuevo Ferrocarril* (Santiago), julio 15 de 1880.

<sup>11</sup> Juan Echevarría, *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1979, pp. 123 – 126.

<sup>12</sup> “La fuga de tres prisioneros...”, en *El Ferrocarril* (Santiago) marzo 17 de 1880.

Ascendido a sargento 2° en julio, estuvo en Pisagua el 2 de noviembre y tomó parte en la segunda oleada del asalto anfibio allí producido. Semanas después, el 19 de noviembre, debió marchar junto con su unidad a Dolores, sin alcanzar a intervenir en la batalla que allí se libró. Como ya se mencionó, participó del combate de Tarapacá el 27 de noviembre donde fue hecho prisionero, logrando fugarse junto a Marín y San Martín en el trayecto a Arica, reincorporándose a su cuerpo en Santa Catalina. Merced a su escape, Necochea fue ascendido a subteniente en febrero de 1880<sup>13</sup>. Reintegrado al servicio, combatió en la batalla del Alto de Alianza el 26 de mayo de 1880, donde resultó herido<sup>14</sup>. En noviembre de 1880, desembarcó en Paracas y formó parte de la 1ª Brigada de la 1ª División que a las órdenes de Patricio Lynch, hizo la marcha por tierra desde Pisco hasta Lurín. Tomó parte en las batallas de Chorrillos y Miraflores, participando así de la conquista de Lima. De vuelta a Chile, se incorporó al 8° de Línea y fue destinado a la Frontera araucana donde permaneció desde noviembre de 1881 hasta el 9 de enero de 1882. Al año siguiente, en enero de 1883, fue nombrado ayudante en comisión de la brigada cívica de Lebu. Gracias a la ley del 1° de septiembre de 1880, tenía el derecho al uso de una medalla de oro por la campaña hecha al Perú y Bolivia. Además, pudo utilizar cintas lacres por las acciones de Pisagua, San Francisco y Tarapacá, y cintas tricolor o barras por la batalla de Tacna. Siendo apenas un veinteañero, falleció en Santiago el 20 de noviembre de 1884.<sup>15</sup>

## LA FUGA DE TRES PRISIONEROS CHILENOS DESPÚES DEL COMBATE DE TARAPACÁ DESCRITA POR EL SARGENTO NECOCHEA

### I

En las cercanías del pueblo de Tarapacá, nos batimos con los peruanos de una manera desesperada el 27 de noviembre de 1879.

El cansancio natural, después de haber efectuado marchas forzadas, la carencia absoluta de agua, la escasez de municiones y el corto número de nuestras tropas, eran tristes presagios para la división chilena que luchaba con un enemigo tres veces superior en número, bien amunicionado y que peleaba en territorio conocido. A pesar de tantas ventajas, nuestras tropas, sombrías y silenciosas, se batían furiosamente.

<sup>13</sup> Archivo Histórico del Ejército (En adelante AHE), Hojas de Servicios, vol. 90, N° 77. También fueron reintegrados los soldados Marín y San Martín, quienes tras la batalla de Tarapacá habían sido dados por muerto y desaparecido respectivamente. AHE, Revista de Comisario, vol. 100.

<sup>14</sup> Ahumada, *ob. cit.*, vol. II, p. 598.

<sup>15</sup> AHE, Hojas de Servicios, vol. 90, N° 77.

No entraré a hacer una descripción del combate por ser tan conocido, y me limitaré a referir las últimas escenas, que muchos presenciaron, pero que por desgracia muy pocos pueden hoy día atestiguar.

Hacían muchas horas que nuestra división se batía con valor desesperado. Hubo un momento en que pusimos en fuga al enemigo, y todos nuestros soldados corrieron a la quebrada a saciar la sed que los devoraba.

Cuando esto sucedía, vimos reaparecer nuevas fuerzas peruanas en número muy superior al nuestro, las cuales comenzaron un mortífero fuego sobre nuestros soldados que ya hacían dispersos y en su mayor parte en la quebrada.

Mi regimiento, llevando a la cabeza al valiente e inolvidable comandante Eleuterio Ramírez, respondió al ataque menos por el mal que se le podía hacer al enemigo, que por favorecer la organización del resto de las fuerzas chilenas que de una manera tan inesperada eran fusiladas por los peruanos.

A pesar de la desorganización, en que el ataque sorprendió a nuestro regimiento, su intrépido comandante avanzaba frente a él con terrible resolución, haciendo retroceder las columnas peruanas y sembrando la muerte en sus filas.

En la tarde nuestro regimiento, dividido en varias secciones, habría perecido casi la mitad de los soldados.

El comandante Ramírez avanzaba siempre en dirección al pueblo con unos pocos hombres entre los cuales iba yo. Alcanzamos a llegar a la tercera casa a la entrada de Tarapacá, y viéndonos rodeados por las tropas peruanas, penetramos en ella y nos atrincheramos decididos a vender caras nuestras vidas.

La casita estaba construida de un material sólido, con techo de paja, y tenía al frente una puerta y varias ventanas por donde hacíamos un nutrido fuego al enemigo.

Nuestro querido comandante Ramírez, herido ya, se encontraba en medio de nosotros y olvidando sus dolores nos alentaba a cada momento diciéndonos:

—Muchachos, las municiones escasean; calma al apuntar y tiro seguro.

Y en efecto, a cada tiro un cholo se revolcaba por el suelo, dejando un charco de sangre.

A medida que el tiempo trascurría, sentíamos que fuerzas más y más numerosas rodeaban la casa en medio de una algazara infernal.

—Ríndanse, porque vamos a quemar la casa, nos decían.

Y estos gritos salvajes les contestábamos con una descarga de muerte, diciéndoles al mismo tiempo:

—¡Cholos miserables! ¡El chileno no se rinde jamás!

Algunos soldados enemigos, arrastrándose cerca de la muralla, conseguían llegar hasta la puerta, pero al momento eran tomados del pelo e introducidos al interior, donde nuestros compañeros en pocos instantes los despedazaban a bayonetazos.

El sol declinaba notablemente; el interior de nuestra trinchera era un montón de heridos y de cadáveres; las municiones se nos habían concluido, y el techo de la casa principiaba a arder incendiado por los peruanos. En ese momento vi por última vez a nuestro heroico comandante, recostado en un rincón, muy pálido y desfallecido, se desabrochaba la casaca a fin, sin duda, de ofrecer su pecho desnudo a la rabia brutal del enemigo.

La resistencia era imposible. En este instante una multitud de cholos penetró repentinamente en el aposento y se precipitó sobre nosotros. Casi todos mis compañeros fueron inhumanamente destrozados por las bayonetas enemigas. Los que quedaron vivos y en estado de andar, fueron sacados a culatazos de la casa. Yo fui recibido en la puerta por un oficialito que se lanzó sobre mí hasta arrojarme al suelo a placazos. En el instante los cholos me rodearon y como perros hambrientos me desnudaron en un momento, gritando con carcajadas de alegría:

—Las botas son para mí...

—El quepí yo me lo agarro.

—La jineta es mía...

Desnudo y sin poderme mover por los golpes que había recibido, a puntapiés me hicieron levantar y marchar a Tarapacá con mis demás compañeros; ¡era prisionero de los peruanos!

Los heridos y agonizantes que quedaron dentro de la casa, sufrían mientras tanto el mayor de los martirios: sus cuerpos ardían junto con el edificio que habíamos abandonado.

## II

El sol ya se había ocultado y nosotros rodeados por la soldadesca peruana, fuimos conducidos al pueblo de Tarapacá.

No entraré a referir los insultos soeces y el maltrato que recibíamos de esos hombres, que necesitaron un día y quemar el techo que nos cubría, para rendirnos, después de rotas nuestras armas y concluidas las municiones; de estos hombres, que huyeron cobardemente en Dolores y que resistieron en Tarapacá merced a encontrarse, en la relación de tres de ellos por un chileno.

El aspecto que presentaban los prisioneros era conmovedor. Casi todos heridos y golpeados, descalzos, con el traje hecho jirones, sin quepí y muchos sin camisa; extenuados por la fatiga de todo un día de combate bajo un sol abrazador y sin haber podido humedecer los labios con una gota de agua, fuimos encerrados en una pieza rodeados de numerosos centinelas.

El cuadro que presentaba nuestra prisión era harto desgarrador. Ahí sin testigos, sin la presencia de los aborrecidos peruanos, pudimos dar expresión franca a nuestro dolor. El silencio reinaba entre nuestros compañeros; estos hombres que momentos antes habían despreciado la vida, batiéndose como fieras, vertían lágrimas al verse impotentes entre muchos enemigos.

Pasado un rato, se presenta en la puerta de nuestro aposento un jefe que, por su traje, parecía pertenecer a las ambulancias, y preguntó:

—¿Quién se llama María Barmier? ¿Está aquí?

—Yo soy, contestó una voz femenil, conmovida y llorosa.

—¿Tú aquí, María! ¿Cómo?

—Estoy prisionera, contestó llorando.

—No llores María; no te sucederá nada; serás muy cuidada entre nosotros, y terminó estas frases afables dándole una pequeña bolsa con maíz tostado, y trayéndole en seguida pan y agua.

María era nuestra cantinera y nos causó admiración que fuese conocida por ese jefe peruano; pero al mismo tiempo nos alegramos de ello porque de esa manera era probable que se le guardara alguna consideración, librándola del duro trato que se nos daba.

Al lado de nuestra prisión se celebraba el triunfo que tan caro les había costado, y se sentía una grande algazara, cantos femeniles y música de piano; ésta era interrumpida de tiempo en tiempo por el sonido de las copas, los huiches y los vivas al Perú.

Nuestro dolor se cambió en desesperación cuando oímos la música y los gritos insolentes de nuestros enemigos. No era posible sufrir tanto agravio, no era posible

soportar que esos miserables se rieran de nuestra desgracia ultrajando a nuestros nobles soldados. Nos olvidamos de que éramos prisioneros y, a despecho de nuestro brutal enemigo, les gritábamos a toda voz:

—¿Qué celebran con tanta bulla? Nos tienen prisioneros; pero muchos cientos de cholos se han quedado sin poder contar el cuento.

Y ellos nos contestaban:

—Palmo a palmo les hemos disputado el terreno, pues, así como hombres a campo libre, y no atrincherados, pues, como cobardes en una casa.

Los dichos sarcásticos se sucedían, de modo que no nos era posible tener ni el descanso que tanto necesitábamos.

Entre los compañeros de prisión se distinguió un soldado de mi regimiento, cuyo nombre no conocía; pero que llamaba la atención por la altanería y desprecio con que trataba a los peruanos, al mismo tiempo que su genio alegre no le abandonaba un momento.

En otro extremo de la pieza había otro soldado de apellido San Martín, que cabizbajo y meditabundo se enjugaba las lágrimas con su blusa de brin. Me estremeció esto último y me acerqué a él diciéndole:

—¿Está usted herido?...

—No, mi sargento, pero tengo mi alma destrozada.

—¿Y por qué? Tenga más serenidad.

—¡Ah! Usted es demasiado joven y no le toma el peso a nuestra desgracia. ¿Cómo podré jamás conformarme con ver la bandera de mi patria, la bandera de mi regimiento, insultada y en poder de nuestros enemigos? Le aseguro que daría con gusto mi vida por arrancarla de sus manos.

Y diciendo esto me llevó a la puerta de la habitación.

El centinela levantó la culata de su rifle diciéndonos:

—Atrás los chilenos; cabo de guardia...

—No grite, le dijo San Martín. Vengo solamente a mostrarle a mi sargento nuestro estandarte.

Efectivamente; frente de la casa vi que tenían nuestro querido estandarte medio doblado y colgado para que fuera visto por todos.

A pesar de la alegría de los peruanos, se notaba cierto movimiento y sobresalto, y llegó a nuestros oídos que se iba a emprender la marcha por temor de que nuevas fuerzas chilenas vinieran a renovar el combate.

A las doce de la noche salimos con dirección a Pachica, y al amanecer llegamos a este punto.

En Pachica se nos encerró en un corral a toda intemperie, rodeándonos de soldados. La falta de reposo, el cansancio y la carencia de agua, nos tenía en un terrible estado de prostración. A las ocho de la mañana, el corral era una hoguera y nuestros soldados carecían en su mayor parte de quepí para cubrir su cabeza.

A las doce del día, delirábamos por una gota de agua sin poderla conseguir. En estos momentos arrojaron al corral al subteniente Silva Basterrica que también había caído prisionero.

El agravio que se hacía a nuestro superior nos causó la mayor indignación. Los prisioneros peruanos habían sido tratados por los chilenos con la mayor atención, con el mayor esmero, y a nuestros oficiales no se les daba siquiera la colocación que por su rango le correspondía, sino que les hacían seguir entre los soldados. Protestamos de tan vil proceder, clamamos sin cesar; todo fue inútil...

A las seis de la tarde, hora hasta la cual no habíamos tenido otro alimento que insultos y golpes, el general Buendía ordenó que se nos diera de comer y se preparó un fondo con frejoles; pero como a la media hora se nos dio orden de continuar la marcha; fue, pues, necesario comer los frejoles en el estado en que se encontraban y el agua de ellos fue solicitada y bebida con placer por nuestros compañeros.

Emprendimos la marcha en los momentos en que el sol se ocultaba. Toda la tarde caminamos por el fondo de una alta quebrada, y como a las ocho de la noche principiamos a subir elevadísimos cerros por senderos tan pendientes, angostos y arenosos, que solo permitían la marcha de uno en uno. Tarde de la noche llegamos a una planicie, donde se nos dio descanso, pues los peruanos estaban completamente fatigados.

Nos tendimos en el suelo sin más ropa que los harapos que nos cubrían y al momento nos quedamos dormidos, y había razón para ello: ¡desde el día antes del combate de Tarapacá no cerrábamos los ojos!

Nuestro sueño fue una delicia. El estado febril en que nos encontrábamos, hacía viajar nuestra imaginación con agradables ilusiones. Soñé que estaba en un pueblo organizando ejércitos invencibles; soñé con mi padre, cuya suerte ignoraba: lo veía

pelear y destrozar al enemigo. ¡Que noche tan agradable, tan feliz! ¡Ah! ¡Jamás la olvidaré!

La diana de los cornetas nos despertó aún entre sueños, me senté buscando a tientas mi rifle y mi cartuchera. Tropecé con el soldado San Martín y me dijo:

—¿Qué busca, mi sargento?

—Busco mi rifle y mis cartuchos que no los puedo encontrar.

—¿Su rifle, mi sargento?...

—Sí, hombre, la llamada apura, ya están formando.

—Hemos soñado, como usted, mi sargento, replicó la cantinera María Ramírez; ¿no recuerda que somos prisioneros?

La realidad había ahuyentado mis gratas ilusiones; ¡era prisionero y prisionero del salvaje cholo!

Emprendimos nuevamente la marcha y llegamos a Mocha como a las doce del día. En ese lugar renovamos nuestras quejas por el tratamiento que se daba al subteniente Silva Basterrica y al fin fuimos escuchados; se le sacó de entre nosotros se le llevó al Estado Mayor, donde dijeron que se le iba a proporcionar una cabalgadura.

El general Buendía descansaba en su carpa de campaña a la vista de nosotros.

Un oficial llevó uno de nuestros compañeros ante el general para tomarle declaraciones. El elegido fue el mismo soldado que tan alegre y atrevido con los peruanos se había portado en nuestra prisión en Tarapacá, y cuyo nombre supe sólo en ese momento. Era fuerte ágil y se apellidaba Marín.

Divisamos que Marín en la carpa del general tomaba una silla y se sentaba con desfachatada comodidad; pero algunos minutos después vimos levantarse al general Buendía y arrojarlo a puntapiés, haciéndole rodar con la silla. Había ocurrido lo siguiente:

Llegado a la carpa del general, éste le dijo:

—Usted me va a dar algunas declaraciones.

—Lo que quiera, mi general, pero con su permiso me voy a sentar porque ya me muero de cansado.

–Levántese el insolente, le replicó el general.

–Pero, señor, si es sólo por un minuto y para contestarle con todo gusto. Ya le he dicho que estoy próximo a morir de cansancio.

El general Buendía no pudo evitar una sonrisa y exclamó:

–Está bien. ¿A qué regimiento pertenece?

–Al 2° de Línea.

–¿Su jefe?

Mi valiente comandante Eleuterio Ramírez.

–¿Murió?

–Fue herido en Tarapacá y quemado por nuestros enemigos.

–No lo he llamado para oírle cargos. ¿Cuántos chilenos pelearon en Tarapacá?

–Dos mil hombres por todo.

–Es imposible, no han peleado menos de seis mil.

–Esa es su opinión y no falta quien sostenga que los chilenos éramos veinte mil. La verdad es que no pasábamos de dos mil.

–¿Qué número de soldados tienen ustedes en su territorio?

–Cien mil hombres, señor.

–¿Cien mil hombres dice usted?

–Y creo que más, señor.

–Le prevengo que si vuelve usted a pretender burlarse de mí, inmediatamente lo hago fusilar... Capitán, que vengan cuatro rifles.

–En Tarapacá, señor, me han rasmillado las orejas más de quinientas balas. El silbido de cuatro más no me hará impresión, se lo aseguro.

–¿Qué artillería tienen ustedes?

–Cuarenta baterías Krupp.

—¿Krupp?

—Krupp, señor, y bien Krupp.

—Es imposible, dijo el general, pensativo y agregó: ¿Y con qué caballería cuentan ustedes en Chile?

—Más o menos, señor, son cincuenta mil hombres.

—Mándese cambiar el chileno salvaje, exclamó el general arrojándole a punta-piés, antes que lo haga fusilar.

El soldado Marín no necesitó nueva recomendación, y en un momento se juntó con nosotros, que no pudimos dejar de aplaudir su impavidez, su valor, su genio, su chiste.

Inmediatamente fui llamado a declarar ante el general, el cual no podía creer que tan escasas fuerzas chilenas hubiesen sostenido el combate de todo un día en Tarapacá. Habiendo sabido el general mi nombre, me dijo, al fin de la conferencia.

—¿Es usted pariente del jefe Necochea que vino ahora años en la expedición al Perú?

—Sí, señor, soy su sobrino. Esto era falso, pero quería ver si alegando ese parentesco, me trataban mejor.

—No le creo, contestó el general, y me ordenó salir.

En Mocha permanecimos dos días. Ahí pudimos comer y reponer nuestras fuerzas extenuadas. Los peruanos nos trataban con el mayor desprecio, de tal modo que habiéndose ordenado que se nos dieran algunas peras, fruta que había en abundancia, se trajo un canasto y se nos arrojó su contenido desde lejos. ¡Miserables! ¡Nos trataban como a perros!

Al segundo día de estar en Mocha, se emprendió la marcha, según se decía, con dirección a Arica. Otros aseguraban que nos dirigíamos a Tacna. Anduvimos toda la tarde y toda la noche con muy cortos descansos.

Al amanecer presenciamos un espectáculo que nos conmovió muchísimo. Entre unas piñas yacía el cadáver de un soldado con el cráneo destrozado por un balazo y a un lado del camino, otro cuerpo atravesado por varias balas. Se nos llevó para que lo reconociéramos y tuvimos el pesar de ver que los dos eran chilenos. Uno de ellos, el más joven, había pertenecido a mi mismo regimiento.

¿Cómo éstos soldados se encontraban en ese lugar tan distante del centro de operaciones? ¿Con quienes habían peleado? He aquí lo que no pudieron averiguar los peruanos ni nosotros.

Juntamos los dos cadáveres y los cubrimos con un poco de arena. Era lo único que podíamos hacer como expresión de cariño y respeto por la memoria de aquellos dos hermanos que habían dado su vida en tan lejano desierto por nuestra querida patria.

Muy largo sería detallar los mil incidentes del viaje. Los sacrificios, los sufrimientos y las marchas forzadas por aquellas erizadas cordilleras. Por fin, después de doce días de marcha, llegamos a Camiña. En este lugar se supo la nueva de que la caballería chilena avanzaba, pero siempre se continuó la marcha con dirección a Camarones.

En Moquilla, lugar cercano a Camiña, permanecimos muy poco tiempo, pues llegaron propios anunciando que la caballería chilena avanzaba por dos puntos, por Calatambo y por Zucar, con el objeto de cortar la retirada al general Buendía.

Desde este momento se notó un gran desconcierto en el ejército peruano. Todo era vacilaciones, temores y desmoralización, provocados por la probabilidad de un encuentro con la caballería chilena.

No podíamos reprimir nuestra alegría, al pensar que estaba cercano el momento de castigar a nuestros salvajes verdugos, aunque fuera a costa de nuestras vidas.

Se ordenó la más severa vigilancia con nosotros; pero ésta no podía llevarse a efecto por la confusión en que se encontraba el ejército. Viendo el estado de nuestros carceleros se me vino la idea de evadirme. ¡Ah! ¡Qué delicioso pensamiento! Huir, encontrarme con el resto de mi regimiento, de la corneta chilena, y pelear nuevamente viendo ondear nuestra hermosa bandera.

Hice varias tentativas de evasión sin resultado. Estaba demasiado vigilado y en medio de un ejército numeroso. Esperé con paciencia una ocasión más oportuna. Siempre que pensaba en la fuga, hacía figurar en mis planes a Marín que se había captado mi franca admiración con su valor, su chiste, su audacia y su sempiterna alegría. Su tarea diaria y constante era molestar a los peruanos. Más de una vez, cuando estos preparaban el rancho, una piedra dirigida por una mano burlona y certera, rompiendo la olla, hacía correr por el suelo la comida. ¿Quién era el autor de aquella diablura? Nuestros enemigos jamás conseguían descubrirlo, solo nosotros sabíamos que aquel proyectil había partido de la mano de Marín.

Continuó la retirada con el mismo desorden y confusión y se prohibió aun la conversación entre los prisioneros. Llegamos otra vez a Camiña como a las doce de

la noche y al amanecer salimos con dirección a un punto que ellos llaman Esquiña, distante dos jornadas del lugar en que nos encontrábamos.

En la noche pude acercarme al soldado Marín y le dije:

–Marín, ¿eres valiente?

–No lo sé, mi sargento. Nunca se me ha ocurrido investigar el punto, y como desearía a qué atenerme sobre el particular, me gustaría mucho que me pusiese a prueba.

–Voy a darte gusto; pero a condición de que guardes el más completo silencio respecto de lo que vas a oír. Se trata de que nos apoderemos del estandarte de nuestro regimiento y huyamos en seguida; ¿no sería muy glorioso para nosotros librar esa preciosa reliquia de las manos de los malditos cholos que tanto se enorgullecen con ella?

–La verdad es, mi sargento; que me gustaría más que torciéramos el pescuezo a un par de esos gallinazos, les tomáramos sus rifles y largáramos las volandas. Con el sebo de sus capotes tendríamos para alimentarnos dos semanas en el desierto. Este es mi plan; pero entre el plan del soldado y el del sargento no se puede trepidar. Estoy a sus órdenes.

Quedó, pues, convenido, que en la primera ocasión favorable intentaríamos el golpe.

Principiaba a oscurecer; la hora y el aspecto del cielo nos envolvían en una atmosfera de tristeza. Los prisioneros marchaban de dos en dos, con un centinela a cada lado; un silencio profundo reinaba en toda la línea.

Preocupados del intento que meditábamos, tratamos de descubrir en que parte llevaban el estandarte, y después de mil preguntas disimuladas, supimos que lo guardaba el batallón Iquique que acampaba cerca de nosotros.

Después de hecho este importante descubrimiento, le dije a Marín:

–¿No sería prudente buscar otro compañero que nos ayude en la empresa?

Y él me contestó:

–Soy de la misma opinión, y donde hay uno hay otros. Yo tengo un amigo que se apellida San Martín, y con él teníamos arreglado el plan de prenderle fuego a los diez cajones de municiones que llevan los peruanos, pero hasta este momento nos ha sido imposible hacerlo. Yo mismo hablaré a San Martín y será un buen compañero.

Acepté y quedó acordada nuestra divisa: “O la muerte o el estandarte”.

En la noche nos hicieron hacer alto en una falda de un cerro pequeño, cortado a nuestra derecha por una quebradita cubierta de árboles. En este lugar acampó el batallón Iquique.

Esa noche no pudimos cerrar los ojos; en ella debía ejecutarse lo convenido. Tal vez algunos de nosotros, tal vez los tres no veríamos la luz del día siguiente.

Como a las doce de la noche el campamento estaba en el mayor silencio; todos dormían y sólo se sentía de tiempo en tiempo el alarido de los centinelas.

El valiente Marín se había levantado y, a favor de la oscuridad de la noche, acercándose a mí me dijo:

—Ya estoy listo, mi sargento. Si nos han de matar, que sea luego. ¿Para qué estamos esquivando el cuerpo?...

—Adelante, le contesté, no perdamos tiempo y que el cielo nos ayude.

Marín se echó a tierra y arrastrándose, se dirigió a la quebrada donde estaba el batallón Iquique. San Martín hizo lo mismo y se encaminó por otro punto; y yo también caminé, arrastrándome con la mayor cautela, hacia el lugar donde se guardaba el estandarte.

Hacía como media hora que imitaba a las culebras y ya estaba cerca del Iquique, cuando sentí la voz de Marín que decía:

—Mi sargento, mi sargento, venga ayudarme; mire que es muy pesado este diablo.

Al momento me imaginé lo que ocurría: o Marín se había equivocado tomando en lugar del estandarte un saco de víveres, o le habían sorprendido con el estandarte en la mano y de rabia había lanzado este grito, denunciándonos por haberlo dejado solo.

A todo correr volví a ocultarme al campamento.

Poco rato después oí llamar.

—Sargento Necochea, el prisionero, salga...

Muchas veces me llamaron, pero no hice caso, ni contesté una sola palabra. San Martín había huido como yo.

¿Qué era lo que ocurría? ¿Por qué Marín había dado nuestros nombres? Cuando pudimos hablar con libertad con él nos explicó su proceder. Sorprendido con el estandarte al hombro, fue molido a culatazos por los soldados que lo sorprendieron e inmediatamente iba a ser fusilado; pero él, por ganar tiempo, declaró que lo ocurrido solo era el principio de una gran sublevación que se tramaba y en la cual había notables cabecillas, entre las cuales figuraba yo.

Los oficiales del Iquique cayeron en el lazo, y con el objeto de descubrir la raíz de la conspiración, volvieron al apaleado Marín a su puesto entre los prisioneros, mientras se llegaba al primer pueblecito, se levantaba un sumario y se fusilaba a los culpables.

La sentencia que iba a recaer sobre nosotros no era muy difícil adivinarla, y ya podíamos prepararnos para el viaje a la eternidad. No obstante, nos quedaba un último recurso: el de la fuga.

Al día siguiente, 10 de diciembre, tuvimos una marcha forzada durante todo el día, sin encontrar agua.

Al ponerse el sol, traté de hablar con mis dos compañeros, pasando ya adelante ya atrás de ellos. En nuestra corta conversación les manifesté que era indispensable huir de todos modos, porque al día siguiente era seguro que nos fusilarían.

Hacía días que había tratado de conquistarme la amistad del cabo 1° Antesana, de la columna Tarapacá, con el cual nos tratábamos con mucha amistad.

Se estaba oscureciendo y marchábamos por la falda de una quebrada. La sed nos desesperaba y el agua se había concluido de tal modo que carecían de ella los mismos peruanos. Entonces me dirigí a mi amigo el cabo Antesana y le supliqué que me diera permiso para ver si había agua en las quebradas a poco trecho del lugar por donde marchábamos. El cabo se negó a mi pedido, diciéndome que estaba aun muy claro y que podía ser reconvenido por su jefe por la confianza que depositaba en mí.

Cuando estuvo completamente oscuro renové mi pedido, y el buen cabo me concedió el permiso, no sin recomendarme que volviera pronto. Marín, que había presenciado la conferencia, manifestó deseos de acompañarme a lo que Antesana accedió después de algunas negativas.

Al momento nos salimos de la fila y nos hicimos a un lado, marchando en la misma dirección del ejército, pero bajando a la quebrada.

En esos momentos oímos que San Martín le decía a Antesana:

—Mi cabo, yo también voy a la quebrada.

–No, respondió el cabo, ya son muchos.

–Seremos tres solamente... no desconfíe de sus amigos.

¡He dicho no!... a la fila...

Aún no había pronunciado Antesana la última palabra, cuando San Martín dio un salto de la fila y tomó una veloz carrera. Nosotros hicimos lo mismo y nos lanzamos volando a la quebrada.

–¡Agárrenlos, que se van, gritó Antesana... por aquí... por allí... son tres...!

Pero los soldados peruanos con mochila, rifle y municiones, no podían tener la agilidad de estas tres avejillas chilenas que volaban por su libertad, sin más plumas que un roído pantalón y una blusita de brin.

Habíamos corrido como una cuadra cuando sentimos tiros de rifle y el silbido de las balas que pasaron muy cerca de nosotros. Dimos más vapor a las piernas. Los tiros se sucedían cada vez más distantes y por fin doblamos una puntilla que nos ponía a cubierto de las balas; pero no por esto dejábamos de correr. El cielo había favorecido nuestro plan; éramos libres. ¡Viva Chile!

### III

Corrimos mucho tiempo por quebradas y senderos desconocidos, tratando únicamente de alejarnos de los peruanos. Cuando nos creíamos enteramente seguros, nos sentamos a descansar y a concertar nuestra fuga. Ya no estábamos en manos de los peruanos, pero desnudos y descalzos, teníamos que atravesar un enorme desierto, sin tener una gota de agua, ni una galleta que comer. Teníamos, además, que pasar forzosamente por pueblecillos enemigos donde seríamos tomados y fusilados. En fin, no quisimos pensar más bien en nuestra situación y resolvimos emprender la marcha y desafiar la muerte, hasta donde nos los permitieran nuestras agotadas y débiles fuerzas.

Anduvimos toda la noche y sin saber por dónde, trepando y trepando cerros, con el fin de alejarnos lo más posible de los peruanos.

El amanecer se anunciaba, porque iba disminuyendo la densa oscuridad de la noche; cuando hubo luz bastante para ver los cerros y las faldas, se nos heló el alma de susto; estábamos en el mismo punto donde habíamos huido. El ejército había acampado en la quebrada pocos momentos después de nuestra fuga y nosotros nos encontrábamos en la cresta de la altísima montaña que formaba la quebrada. Pronto nos tranquilizamos, ningún tiro de rifle podía alcanzarnos en esas alturas, y preten-

der tomarnos habría sido una empresa disparatada, una locura, porque el cerro casi estaba cortado a pique en ese lugar.

Mientras tanto, Marín había concebido un plan y, cantando la canción de Yungay, corría loco de gusto en busca del lanza-fuego, según decía y exclamando:

—Ahora me la van a pagar estos cholos mugrientos, gallinazos, maricones.

—¿Qué vas a hacer? Le dije.

—Voy, mi sargento, a dispararles un cañonazo de tres mil.

Y al momento se puso a escarbar la tierra y a sacar las piedras en que se apoyaba una enorme roca para hacerla correr cerro abajo.

San Martín, que vio la operación de Marín, le apostrofó diciéndole:

—No es posible que por tus locuras vamos todos a perecer. Aquí nadie nos ve, y el diablo mismo no podría tomarnos. Quedaremos libres tan luego como el ejército se ponga en marcha. No botes la piedra.

—Es usted un dije, hermanito, exclamó Marín. ¿Con qué ahora que tengo la oportunidad de reventar a quinientos o a todos estos gallinazos, ladrones sin vergüenzas, no lo hago porque el señor San Martín tiene miedo? A mi hermano le vendrían muy bien unas polleras.

Excitado San Martín con estas palabras, tomó un pedazo de quisco y, tirándolo a la cara de Marín, lo hirió con él.

Marín saltó como un tigre furioso y la lucha se habría trabado, si en el momento no me hubiese puesto de por medio.

Les hablé con energía, calmándolos y reconciliándolos y por fin, después de una corta disputa, Marín se apaciguó y me dijo:

—Mi sargento, yo no soy hombre de guardar mala voluntad a nadie, menos a los cholos. Todo lo olvido con tal que me dejen prenderle fuego al cañón que ya revienta de ganas de disparar.

En este punto no fue posible hacerlo ceder. Tuvimos, pues, que resignarnos a que ejecutara su deseo.

Inmediatamente se puso a cavar la tierra con el lanza fuego que era una piedra puntiaguda que le servía de barreta. Mucho rato trabajó hasta que la piedra quedó sin apoyo.

Hizo esfuerzos para hacerla rodar, y como no lo consiguiera, nos dijo:

–No me dejen solo; venga todo el regimiento de artillería... Ya está... a la una, ¡cholos bribones!... a las dos, ¡gallinazos sinvergüenzas!... a las tres, ¡que el diablo se los lleva! ¡Viva Chile!

Y la piedra rodó, despacio al principio, pero como a la media cuadra, llevaba una enorme velocidad, arrastrando consigo una multitud de piedras de todos los tamaños. Cuando iba por la mitad de la pendiente era tal el ruido que hacía, que parecía efectivamente un fuego graneado lejano. El polvo que se levantó nos impidió ver el efecto causado en el ejército enemigo por aquel enorme proyectil.

Inmediatamente continuamos nuestra marcha, y después de andar todo el día sedientos y sin comer, llegamos a una gran cordillera que debíamos atravesar, compuesta de tierra suelta y arenosa. Subimos a la cumbre con mucha dificultad, y desde allí bajamos, dejándonos rodar, sistema inventado por Marín para ganar tiempo y ahorrar fuerzas aun cuando no magulladuras y golpes.

Continuamos nuestra marcha andando de día y de noche, ya por terrenos arenosos y recalientes, ya por ásperas montañas erizadas de espinos, que desgarraban nuestros descalzos pies.

Estaban mis fuerzas tan agotadas que me era difícil sostenerme, pero la energía admirable, la alegría y el chiste de Marín me reanimaba.

Era el segundo día de nuestra fuga, y como a las once de la mañana el calor, la sed, la fatiga y el cansancio me rindieron; me senté sobre un peñasco con la resolución de morir ahí. La falta de agua había secado mi garganta, de tal modo que la respiración me parecía una llama que me devoraba. Me era imposible hablar porque la voz moría en mis labios. El infatigable y generoso Marín me animaba diciéndome:

–Mi sargento, ya estoy por creer que usted se quiere volver gallinazo. Anímese y marchemos; y viendo que no caminaba, agregó:

–Mi sargento, yo no dejo que se lo coman los pájaros. Si se le ha metido en la cabeza morirse, muérase luego, para enterrarlo antes de irnos y rezarle un rosario...

A pesar de mi estado deplorable, me hacían reír los dichos de ese noble soldado; pero al fin se convenció de que no podía resistir y de que me moría. Quitándose el quepí y dando una patada al suelo, exclamó:

–¡Era lo único que me faltaba, que tenga uno por fuerza que meterse de pechoño! Y dirigiéndose a San Martín, le dijo:

—Vaya, San Martín, arrodíllate junto conmigo, que voy a hacer una manda porque hallemos agua.

Efectivamente, los dos se arrodillaron y parecía que clamaban al cielo con verdadero fervor.

Terminada la oración, se levantó exclamando y mirando al suelo:

—Lo que veo aquí son pisadas de huanaco o son las del diablo que nos quiere llevar. San Martín, marcha por este lado buscando agua y yo me iré por el otro.

Ambos partieron. Las fuerzas me abandonaban rápidamente. Haría media hora a que me habían dejado, cuando oí a Marín que en medio de grandes carcajadas, decía:

—Mi sargento, mi sargento, no se muera todavía. Aguárdese un poco que le llevo agua...

Y efectivamente, un momento después este generoso soldado, mi salvador, me pasaba un quepí medio lleno de agua. La tomé al instante y la bebí con ansia, con delirio. ¡Ah! El agua debe ser la vida, pues sentí renacer mis fuerzas y reconquistar mi vigor. San Martín llegaba contentísimo al saber nuestro hallazgo.

—¿Qué te parece, hombre? Exclamó Marín. Hemos hecho mandas como si fuéramos beatas por tener agua, cuando estaba casi a nuestros pies. Esta trampa que nos han hechos los santos; yo estoy por buscarles camorra...

—No, Marín, respondió; el cielo nos protege.

—Así será, mi sargento; pero yo le aseguro que no volveré a hacer mandas sin haber recorrido antes los alrededores. Para evitar cuestiones, cumpliré mi promesa; aunque Virgen de Andacollo, lo dicho, dicho.

Enseguida nos fuimos a la aguadita, donde bebimos hasta hartarnos.

Seguimos andando y después de muchas horas de marcha divisamos muy a lo lejos y hacia el lado de la costa un pueblecito que después supimos que era Miñimiñe.

Principiamos a discutir lo que haríamos; Marín era de la opinión de ir al pueblo y San Martín y yo de pasar lejos de él. Esto dio lugar a acalorada disputa.

—Me está pareciendo que a ustedes se les ha ablandado la mollera, decía Marín. ¿No era que ya nos cortamos de hambre y que en este pueblecito hallaremos que comer?

–Mejor es aguantar el hambre, le respondíamos antes que nos tomen y nos fusilen.

–Me está pareciendo que ustedes no son chilenos sino gallinazos ¿Quién nos va a fusilar? ¿Esos cholos imbéciles? Ninguno es capaz de hacernos frente...

En esta conversación llegamos a un punto de donde partían dos senderos, uno que iba al pueblo y el otro que pasaba lejos de él. Como no quisiéramos aceptar la opinión de Marín, se despidió de nosotros y nos dijo que fuéramos por donde quisiéramos; pero que él iba a comer al pueblo y a beber buen vino, antes de continuar la marcha, y partió resueltamente.

Esperábamos con San Martín, que viéndose sólo, renunciaría a su empresa; pero le vimos alejarse de nosotros fresco y determinado. Cuando ya estaba a mucha distancia le gritamos haciéndole señas de que nos esperara; habíamos resuelto acompañarlo y seguir su suerte; no era posible abandonar sólo a una muerte segura a un compañero tan esforzado y generoso.

Cuando llegamos al pueblo, entramos gritando:

¡Los chilenos, los chilenos; bravo; viva Chile, nos tomamos el pueblo; no hay que tirar un tiro; listo el puñal!

Los pocos habitantes que había, salieron de sus casas y huyeron a la quebrada.

Marín se posesionó del comedor de una de ellas y nos sentamos a descansar.

Pocos momentos después, persuadidos los peruanos de que no había fuerzas chilenas en las inmediaciones, principiaron a volver a sus casas. Marín levantó entonces la voz, y con tono enfático dijo a los dueños de casa:

–Tráigame un vaso de agua, pronto, muy pronto; porque si no...

Al momento le trajeron el agua y me pasó el vaso diciéndome: “beba usted primero, mi sargento”. Enseguida golpeó la mesa y agregó inmediatamente:

–Un vaso de agua con harina y azúcar; pronto, ligero; que no estoy para esperar.

Mientras preparaban lo que pedía, entró a uno de los cuartos vecinos que tenía el techo de paja, y habiéndole agradado, arrojó a las mujeres que lo habitaban, nos hizo entrar y atrancó la puerta. Las mujeres se fueron llorando. Marín estaba como en su casa.

–Mi sargento, me dijo en seguida, es necesario que usted se reponga y duerma un poco; yo le haré de centinela, y tomó un palo y empezó a pasearse por el cuarto.

Era imposible conciliar el sueño, pues tanto San Martín y yo, temíamos que nos hicieran una descarga a través de la quincha del cuarto, o que nos tomaran presos. Solo Marín estaba tranquilo como en el cuartel.

Poco rato después se sintió cerca de la puerta ruido de armas. Nuestro centinela la entreabrió y dijo:

–En vano me hacen sonar los cencerros; no me dan susto. Tengo bastante para todos con mi revólver y mi puñal–y volvió a atrancar la puerta.

Como sabíamos que era inútil recomendarle prudencia, nos resignamos a esperar el resultado de tanta audacia.

Como a la media hora se sintieron fuertes golpes en la puerta. Marín preguntó:

–¿Qué gallinazo es el que golpea?

–Abra usted inmediatamente; porque si no, echo la puerta abajo.

–Que guapo ha salido, ¿Quién es este gallinazo tan valiente?

–Si usted no abre al momento, hago incendiar la casa.

Abrimos la puerta y entonces supimos que el que golpeaba era nada menos que la autoridad del lugar. Nos dirigió diversa preguntas y por último nos intimó prisión.

Resistir era imposible, desde que estábamos desarmados. No dejamos de advertirle sin embargo, que las consecuencias del paso que daba corrían sobre él y sobre todos los habitantes del pueblo.

Un italiano llamado Francisco Rieta, que se encontraba presente, sabedor que las avanzadas chilenas estaban cerca, rogó al alcalde que no nos tomara presos, o atentara contra nuestras vidas, porque los chilenos vendrían pronto al pueblo y tomarían venganza del agravio hecho a sus compatriotas. El alcalde se quedó pensativo y al cabo de un momento dijo a Rieta:

–Está bien, lléveselo usted; pero usted será responsable de las bribonadas que hagan.

Nos fuimos a la casa del italiano. Durante el camino, Marín entonaba a gritos: “Cantemos la gloria, del triunfo marcial que el pueblo chileno obtuvo en Yungay” Unos cuantos cholos nos seguían con ademanes amenazadores.

El pobre italiano, que tenía un miedo enorme, nos atendió y sirvió en su casa dándonos una regular comida y un vinillo no despreciable.

En seguida abandonamos el lugar, al compás de la canción de Yungay cantada a grandes gritos por Marín. Al pasar frente a la casa del alcalde, el alegre e incorregible soldado, se cuadró e hizo la venia al peruano que no pudo contener una carcajada.

Tomamos la dirección de Tana, donde se decía que estaba la caballería chilena.

Cerca de Chiza nos alcanzó un chileno mandado por Rieta, a quien tanto le debemos. Este compatriota se llamaba Francisco Vergara y habitaba el pueblecito que acabábamos de abandonar desde hacía muchos años. Con él seguimos nuestra marcha hasta Zúcar.

Anduvimos toda la noche, y en la tarde del siguiente llegamos a Tana.

En este lugarcito descansamos poco tiempo.

Antes de salir de la pequeña aldea, Marín se dirigió a un rancho donde habían varias mujeres bolivianas y un muchacho, y les dijo:

–Bien las podía degollar a todas ustedes, pero no lo hago. Necesito prontito me den un correo de buenas piernas que lleve una carta al jefe de la avanzada chilena.

El muchacho no quería presentarse a la avanzada por temor a los soldados; pero nosotros le aseguramos que, lejos de recibir daño, sería recompensado. Listo el boliviano, me dijo Marín:

–Escriba el parte, pues, mi sargento, anunciando nuestra llegada, mientras yo hago un fusil para mandarlo conforme a ordenanza.

En efecto, buscó un palo, le rajó la punta, y metió el papel que contenía el aviso de nuestra llegada; hizo que el boliviano tomara el fusil al brazo y que partiera. Detrás marchábamos nosotros. El boliviano corría como un gamo y pronto le perdimos de vista.

Algunas horas después divisamos una polvareda a lo lejos: era la avanzada chilena que venía a nuestro encuentro, dirigida por el capitán García. Había sucedido lo siguiente:

El boliviano, con el fusil al hombro, corrió hasta encontrar nuestra caballería; comunicó al capitán que venían tres chilenos fugados del campamento enemigo y le entregó nuestra carta.

El capitán García se negó a creer que esto fuera efectivo y, temiendo que fuera una celada del enemigo, ordenó a sus soldados que tomasen a la grupa al boliviano, previniéndoles que lo ultimaran si sus temores llegaban a confirmarse.

Marín, que a toda carrera y loco de gusto se había adelantado a encontrar la caballería, fue recibido por el capitán García que lloraba de emoción.

–Capitán, capitán, le dijo Marín al verle, bájese un momentito; y en el acto, tomando la estribera, se trepó sobre el caballo y empezó a correr y a revolverlo en todas direcciones.

El capitán hizo que al instante partieran algunos soldados para encontrar a San Martín y a mí que nos habíamos quedado atrás.

¡Qué momento tan feliz!

Verme a salvo entre mis compañeros después de tantos peligros y sacrificios; estar bajo mi bandera; volver a ver a mi padre y a mi querido general; eran emociones tan agradables que me embargaban y no me permitían hablar.

Al otro día, montados en buenos caballos, llegamos a Tiliviche y de aquí a Dolores.

En el camino me había impuesto de todo, y supe que mi querido padre se encontraba herido y me lloraba por muerto. Inmediatamente fui en su busca a la ambulancia.

El inolvidable doctor Ramos, le previno mi regreso para minorar la fuerte impresión que fue a recibir. Un momento después era completamente feliz, estrechándolo entre mis brazos.

En seguida fui a ver a mi general, acompañado de Marín y San Martín, y le narré lo que acabo de referir en desorden y sin ninguna pretensión.

El supremo gobierno ha tenido a bien premiar mis servicios con el grado de subteniente del bravo regimiento 2º de Línea.

Vuelvo, pues, a la guerra, a pelear por mi patria querida bajo las órdenes de mi bizarro general Escala, y vuelvo tranquilo porque dejo a mi padre convaleciente de sus heridas y rodeado del cariño y el respeto que merece.

Santiago, marzo 5 de 1880. – *Manuel Necochea.*